

## Eficacia de un psicoanálisis en la vida cotidiana.

En 1932, invitados a participar de un intercambio epistolar por la Liga de las Naciones, Einstein y Freud mantuvieron un pequeño diálogo sobre temas de interés. Esas cartas las conocemos en el artículo “¿Por qué la guerra?”(1). El físico fue quien inició el intercambio con una pregunta: “¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra?” Freud respondió con la honestidad que lo caracterizó siempre, aun a riesgo de desilusionar a su interlocutor. Nos conduce, en el intento de dar respuesta a semejante pregunta, por los caminos de la pulsión. Allí donde Eros se encuentra con la pulsión de muerte, alertando sobre cómo esta última trabaja dentro del ser humano, y deviene en pulsión de destrucción. Trabaja, dice, en el interior de cada uno y se dirige hacia afuera, a los otros.

Pero la conversación epistolar no se agotó en la exposición de sus teorías. Se pregunta por qué se sublevan contra la guerra, ellos y tantos otros, si esta parece acorde a la naturaleza humana. Su respuesta me interroga. Dice Freud: “...creo que la principal razón por la cual nos sublevamos contra la guerra es que no podemos hacer otra cosa. Somos pacifistas porque nos vemos precisados a serlo por razones orgánicas. Después nos resultara fácil nuestra actitud mediante argumentos”.

Hoy, aquí, no se trata de grandes guerras entre naciones. La eficacia del psicoanálisis no se orienta, ni pretendió hacerlo nunca, respecto a cuestiones de índole nacional, política, o sociológicas. Mi pregunta es quizá menos pretenciosa; se sitúa, enmarcada en el título de esta mesa y en la convocatoria de estas jornadas, en las pequeñas batallas cotidianas, aquellas por las cuales los sujetos padecen, sufren, se angustian, nos consultan. Las fijaciones a goces mortíferos que los dejan retenidos en modalidades destructivas, fumando hasta morir, por ejemplo, o en los avatares del malestar con los otros, una de las fuentes principales de padecimiento, según plantea Freud en “ El malestar en la cultura”, vínculos terroríficos a veces, goces desanudados, deseos locos, inhibiciones que impiden el encuentro. Eso que ya el maestro vienés dio en llamar “miseria neurótica” y que encuentra realización en la vida cotidiana de cada quien. ¿En qué punto, entonces, como psicoanalistas, podríamos declararnos pacifistas?

Partamos de algunos posibles acuerdos:

-El psicoanálisis no es eficiente, ni pretende serlo. No busca un uso racional de los medios para alcanzar un objetivo determinado. Esto lo dejaría

comprometido con la lógica de mercado y el discurso capitalista, ante todo rápido y garantizado. El psicoanálisis sí es eficaz: logra efectos respecto de su propósito primero, que es dirigirse al sujeto del deseo y que este emerja como consecuencia del acto del analista. No siempre y sin garantías. Pero es un buen punto de partida para comenzar a desplegar e interrogarnos acerca de la eficacia del psicoanálisis.

Esto implica la renuncia de los psicoanalistas a la condición de supuestos héroes modernos. Que se produzcan efectos terapéuticos en las curas que conducimos, necesarios por cierto, no quiere decir que desviemos su orientación. Que el psicoanálisis apueste a *“deshacer por la palabra lo que fue hecho por la palabra”*(2) ubica una eficacia, la que se sostiene en el inconsciente y se dirige al síntoma que acosa a quien nos consulta. Escuchado su padecer, la apuesta es aún mayor: que aquel que sufre haga algo con ese resto imposible de deshacer porque no está hecho de palabras. Pero vayamos despacio, pues la paciencia es también parte del acto del analista.

-Otro acuerdo que considero necesario respecto al tema que nos convoca en esta mesa tiene que ver con definir qué entendemos por vida cotidiana. Voy a leerles un fragmento que, creo, resulta una interesante descripción de lo que podríamos enmarcar dentro de: vida cotidiana:

*“... el mantenimiento del progreso frente a la creciente competencia, sólo se ha logrado mediante un gran trabajo intelectual, y sólo éste es capaz de conservarlos. La lucha por la vida exige del individuo muy altos rendimientos, que puede satisfacer únicamente si apela a todas sus fuerzas espirituales; al mismo tiempo, en todos los círculos han crecido los reclamos de goce en la vida... todo se hace de prisa y en estado de agitación: la noche se aprovecha para viajar, el día para los negocios, aún los "viajes de placer" son ocasiones de fatiga para el sistema nervioso; la inquietud producida por las grandes crisis políticas, industriales, financieras, se transmite a círculos de población más amplios que antes; la participación en la vida pública se ha vuelto universal: luchas políticas, religiosas, sociales, la actividad de los partidos, las agitaciones electorales, el desmesurado crecimiento de las asociaciones, enervan la mente e imponen al espíritu un esfuerzo cada vez mayor, robando tiempo al esparcimiento, al sueño y al descanso; la vida en las grandes ciudades se vuelve cada vez más refinada y desapacible. Los nervios embotados buscan restaurarse mediante mayores estímulos, picantes goces, y así se fatigan aún más...”* (3)

Competencia, reclamos de goce, fatiga, altas exigencias a las que está expuesto el individuo, agitación, prisa, luchas de todo tipo. No podemos desconocer que esta descripción se aproxima bastante a la que podríamos hacer de nuestra vida hoy, aunque fuese hecha por un sociólogo hace más de 120 años y que Freud toma en uno de sus

textos, interrogándose acerca de las causas de la neurosis. El maestro concluye que no se encuentra allí la causación de la neurosis, ya que las ubica en una dimensión que, con Lacan, podemos situar como de orden estructural. Aun así, esta descripción de la vida moderna traza una buena pincelada para ubicarnos en lo que podríamos acordar en llamar “trama cotidiana” y que transitamos, al parecer, hoy como ayer. Lo llamativo es la actualidad de esta trama descrita en 1893 por el sociólogo Erb. La actualidad de esa descripción acentúa una dimensión que trasciende cada época, lo cotidiano de la vida no quedaría determinado totalmente por la época, no es del orden de lo presente, sino de lo actual de la estructura del sujeto. Ese fragmento que Freud toma, entrama un real que, al parecer, no tiene época. Si real, simbólico e imaginario son los tres registros esenciales de la realidad humana -realidad que se va tejiendo en el encuentro con otros-, será en ese anudamiento que encontraremos la causa del padecer, más aun, lo actual, que teje nuestra vida cotidiana en 1890 y en el 2014.

¿De qué padece entonces el ser hablante? Ha de ser de algo que no tiene época, actual y por ello estructural. Ese anudamiento RSI que Lacan nos propone nos da la pauta. De esa estructura el sujeto no podrá curarse. Es decir que implica algo incurable, y la eficacia de la práctica analítica, por incluir eso incurable en la experiencia, trasciende la terapéutica. No sólo respeta sus propios límites en tanto experiencia; hace de ello una ética. Real del sexo y de la muerte, que deja al sujeto agujereado, marcado por el significante que le permitirá bordear eso por lo que está afectado.

En ese discurrir el sujeto se encuentra con otros, y en el mejor de los casos, hace lazos. Es decir que no sólo no se encuentra indiviso en ese enjambre que implica la vida de estos tiempos, sino que se entrama allí como sujeto dividido por un objeto que causa esa división y que no es mensurable, siempre resta o directamente se resta en la cuenta. Escuchamos en los consultorios y más allá de ellos: *“lo tengo todo, hago lo que quería pero aún así siento una angustia que no me deja dormir”*. Es una manera de hacer presente en la trama el error en la cuenta.

Será así entonces, que en la experiencia analítica, el sujeto en tanto tal, podrá cuestionar como salida posible hacerse Uno, taponado de objetos de deseo que puedan saturar su malestar. Aunque lo intente desesperadamente, con lo que se encuentra es con que, esa misma saturación es causa de malestar cotidiano.

El sujeto se enlaza a otros, en este enjambre de demandas imperiosas, asistiendo y resistiendo con inhibiciones, síntomas, angustias, manifestaciones impulsivas, desasosiego que lo dejan vulnerable en la búsqueda de un remedio-remiendo a esa división. La castración en este punto no es una anécdota, es necesario que la apuesta del análisis haga de ella experiencia.

Una paciente, hace algunos años, me dijo, luego de un tiempo de análisis muy difícil : *“es como volver de la guerra, todo lo que vi, lo que pasé, el dolor, la miseria humana, la tristeza, ver los restos, ¿cómo se hace para volver a relacionarme con los demás, mis amigos, mis padres, después de haber visto y atravesado eso?, sólo atiné a responderle: quizá más pacíficamente”*.

Hoy, ante la hoja en blanco y la pregunta por la eficacia del psicoanálisis, estas palabras me resonaron con la intensidad de esas verdades dichas a medias que nos toman por sorpresa en la experiencia.

Dejar de escuchar en los otros el tono imperativo de su madre, ante el cual se doblegaba o se rebelaba, le permitió encontrarse de otro modo en sus relaciones cotidianas. Entrelazar la pulsión escópica, y así hacerse mirar y no desaparecer como objeto tras una cámara de fotos, con la posibilidad de hablar, en principio en el análisis, fue el puntapié inicial que relanzó su deseo como cineasta.

Lacan se pregunta en 1953 *“¿Qué es esa experiencia singular entre todas, que va a aportar transformaciones tan profundas a esos sujetos? ¿Y qué son tales transformaciones? ¿Cuál es su resorte?”*, curiosamente responde que, *“el hombre común, público no parece sorprenderse de la eficacia de esta experiencia que se desarrolla en palabras”* y agrega con una simpleza que agradezco: *“tiene razón, puesto que funciona y para explicarla parecería que no tuviéramos de entrada más que demostrar el movimiento andando. Hablar es ya introducirse en el sujeto de la experiencia analítica”* (4) Aún así, preguntarnos por la eficacia del psicoanálisis nos hace falta, nos implica profundamente, nos causa a dar razones de nuestra práctica, en tanto somos también sujetos de esa práctica. Hablar, dice, es introducirse en el sujeto de la experiencia, sujeto del deseo, que por hablar, no sólo desplegará los significantes de su historia, aquellos con los cuales se ha hecho una trama ficcional que le da un lugar ante la pregunta por el deseo del Otro, ante la castración; también desplegará, por hablar, lo mudo pulsional, con sus enlaces que lo dejan más o menos a la vera de los caminos del goce.

Pero, como situaba desde el comienzo, ese sujeto de la experiencia, que transita por las palabras, los significantes, las pulsiones que han constituido su vida, incluyen lo que queda irremediabilmente por fuera, un real que insiste mas allá de las épocas, y constituye el centro de esa miseria neurótica de la que Freud nos cuenta. Poder hacer allí con eso que escapa a todo análisis posible, que insistirá en nuestra vida cotidiana, ubica una eficacia del psicoanálisis en un análisis, uno por uno. No se tratará de eliminarlo, y por ello el psicoanálisis como práctica incluye algo inédito en el lazo. Volver al discurrir cotidiano, apostando a un mejor calce entre amor, deseo y goce, acaso ¿no pacifica el lazo con los otros?. Allí donde por su ética se dirige al sujeto del deseo, haciendo lugar al real

que escapa a toda simbolización, sin pretender que desaparezca, ni remediarlo, ni taponarlo, ni ignorarlo, sino saber hacer allí, anudando ese real singular, para cada uno, que nos atraviesa y afecta.

No será pues, por amar más al prójimo, o desearle el bien, o abstenernos de algunos goces, que los psicoanalistas podríamos declararnos pacifistas, aunque algo de ello sea esperable en el encuentro con los otros. Será entiendo, por su eficacia en la inscripción de la castración como hecho de experiencia en el lazo con el otro, que podrá recoger, como efecto, una mayor tolerancia en esa trama que implica la vida cotidiana. No siempre y sin garantías, pero vale la apuesta.

Maren Balseiro  
Noviembre de 2014

